

Historia del Apostolado de la Oración

P. John Vessels, sj

Primera Parte

El Apostolado de la oración nació en un seminario, en un tiempo en que la mayor parte de los seminaristas, la mayor parte de los religiosos, soñaban con ser misioneros. Fue un periodo misionero en la Iglesia cuyos frutos, de hecho, la Iglesia todavía hoy está disfrutando. Japón y algunos de los otros países de Asia se estaban abriendo al Cristianismo después de siglos de haberle cerrado violentamente la puerta. África nunca fue realmente evangelizada hasta hace cien años, y los jóvenes por toda Europa ardían con esta idea de ser apóstoles de Jesucristo, de ser misioneros de Jesucristo. Actividad misionera y actividad apostólica eran una misma cosa; la actividad apostólica era más amplia en cuanto actividades asociadas con la propagación del mensaje de Cristo, mientras que la palabra misionero significaba ir lejos, ir a otro país, a otra tierra, otra gente, otra cultura y hablarles de Jesucristo.

Este fuego inflamaba a muchos jóvenes: incluso los seculares lamentaban no poder ser misioneros y, por tanto, rezaban por los misioneros. La única manera en la que podían estar asociados con las misiones era rezar por las misiones. Los Jesuitas de la Provincia de Toulouse acababan de encargarse de una nueva misión en el sur de la India. Los Escolares Jesuitas estudiaban filosofía y teología en el seminario de Vals. Estos jóvenes estaban tan entusiasmados con la esperanza de ser enviados a la India que todos querían estar preparados. Por tanto, procuraban aprender lo más posible acerca de la India, creyendo que los que se hubieran preparado bien serían enviados. Solo era cuestión de ir a la biblioteca y encontrar todo el material que querían sobre la India, cultura, religiones, lenguas, geografía, historia, etc. Como se puede fácilmente imaginar, cuanto más tiempo empleaban estudiando la India, menos tiempo empleaban estudiando filosofía y teología. Esto era muy preocupante para catedráticos y profesores. Tanto es así que su Padre Espiritual, el P. Gautrelet, les exhortó a volver al estudio de la filosofía y la teología. Lo expresó sin rodeos: "¡Vuestra misión no es la India, vuestra misión es el aula a la que vais a ir esta tarde! Vuestra misión es la filosofía y la teología. Vuestra misión es PREPARAROS para ser enviados. La peor preparación para ser misionero es hacer vuestra voluntad y no la voluntad de Dios. ¡Si quieres ser misionero, sé misionero hoy! ¡Sé misionero en este seminario! ¡Sé misionero haciendo la voluntad de Dios HOY!"

Entonces el P. Gautrelet continuó: Os haré una sugerencia práctica en cuanto a lo que podríais hacer para convertirnos en misioneros hoy un poco más claramente y aseguraros de que sois misioneros auténticos hoy. Cuando os levantáis por la mañana, ofrecéis el día a Dios. Añadid una oración más a las oraciones de la mañana. Que vuestra primera oración sea, "Dios mío, te doy este día; Tú me lo diste, yo lo devuelvo. Tú me has dado todo lo que soy y todo lo que tengo. Me has dado mi mente, mi cuerpo, mi tiempo, mi energía, mi salud, mis amigos, mi familia, mi fe, todo. Y lo quiero devolver. Deseo devolver amor por amor, todo lo que soy y tengo. Tú me los has dado por amor y yo deseo devolverlo por amor. Deseo usarlo como te gustaría que yo lo usase. De modo que aquí está, Señor. Hasta cierto punto, el programa ya está hecho: mi horario de estudio, mi horario de trabajo, mi horario de recreo. Simplemente anhele hacer tu voluntad en cada una de estas actividades, con cada persona que entra en mi existencia, con cualquier persona en cuya existencia entro yo hoy durante estas actividades. ¡Quiero ser instrumento de tu paz y tu amor y tu justicia y tu fe, tu verdad, tu vida!"

Los Escolares Jesuitas jóvenes empezaron a hacer este ofrecimiento de la mañana. En esta oración descubrieron que realmente se estaban centrando en hacer la voluntad de Dios, más bien que su propia voluntad, en las cosas pequeñas que hacían durante el día. Cuando empezaron a tomar esta oración más seriamente y reajustaron, modificaron, sus vidas de oración hasta ir esta convirtiéndose en un centro importante de su atención orante a Dios, casi inmediatamente se

dieron cuenta de que otros aspectos de su vida de oración se estaban enriqueciendo y les ayudaba este subrayar el ofrecimiento de la mañana.

Primero se dieron cuenta de que la Eucaristía empezaba a ser más valiosa. La Misa empezaba cuando se levantaban por la mañana y hacían este ofrecimiento, "Señor, te doy este día para que hagas con él lo que Tú quieras." Jesús vivía en el corazón de cada uno de ellos, y ellos comenzaban a darse cuenta de que el corazón de cada uno era una capilla, donde Jesucristo celebraba continuamente la Eucaristía y su sacrificio en el Calvario, con plena colaboración de cada uno de ellos cada mañana.

Cuando iban a la capilla después de la meditación, esta era una oración continuada que ya habían empezado al hacer el ofrecimiento de la mañana. La Eucaristía en la capilla era un unirse en nombre de Jesús, no individualmente para cada uno de ellos sino para toda la comunidad. Así se pasaba de una oración individual a una oración comunitaria, uniéndose a la oración de toda la Iglesia. De este modo, la actitud Eucarística de sacrificio y ofrecimiento con el que había dado comienzo el día, había alcanzado su plenitud, su apogeo orante en la celebración de la Eucaristía y en la comunión con Jesús, cabeza y corazón. Escuchaban la Palabra, aprendían lo que la Cabeza de este cuerpo quería que sus miembros hicieran durante el día, o estaba Él haciendo por medio de ellos y recibían la fuerza para actuar como Jesús

Segunda Parte

VIVIR EUCARÍSTICO

Esto era Eucaristía. Descubrieron que ya mientras entraban en la capilla, la Misa ya había empezado en sus corazones. Más aún, mientras estaban saliendo de la capilla, la Misa se prolongaba a lo largo de sus actividades cotidianas. Los escolares no iban a la capilla para comer el Cuerpo de Cristo o sólo para celebrar la oración de Cristo, fundamentalmente querían VIVIR la Eucaristía; iban a la capilla a celebrar lo que Cristo estaba conjuntamente haciendo en ellos para ir y HACERLO juntos. El vivir eucarístico se convirtió fundamentalmente no en recibir la Eucaristía o celebrar la Eucaristía sino en VIVIR la Eucaristía.

El ofrecimiento de la mañana era el primer momento de cada día. El ofrecimiento de la mañana no era una oración de la cabeza o una oración del corazón. El ofrecimiento de la mañana era y es fundamentalmente una oración de la voluntad. ¿Qué quiero? ¿Qué determino? ¿Qué tono doy a esta jornada con el primer acto del día, este primer acto de fe del día? Que todo hoy esté motivado por la fe y sea una expresión de fe.

Habría días en los cuales estarían tan ocupados que ni siquiera pensarían en Dios durante todo el día y, sin embargo, Dios estaba allí. Estaba siempre justo bajo la superficie, porque todo lo que estaban haciendo lo hacían con y por Él. Actuaban por amor, y era la vida de Él la que estaba vigorizando, la que estaba dando vida a otros por medio de sus actividades.

Esto se convirtió en la dimensión apostólica de la oración. Puede que la oración no hubiera sido muy larga al principio del día, pero transformaba todo el día en oración, hacía del día entero un ejercicio de fe, deliberadamente, porque el acto de la voluntad que hicieron al principio del día era un acto deliberado, era un acto pleno de la voluntad y era un acto consciente. Sabían lo que estaban haciendo y lo querían, y eso convertía todo lo que hacían en una oración, siempre que estuviera en armonía con este acto inicial del día.

Tercera Parte

EXAMEN DE LA NOCHE

Esto manifestó la segunda oración que estaba influida por este ofrecimiento de la mañana, en el sentido de que cuando llegaban al final del día y pasaban su revista de la jornada, su oración se

enriquecía básicamente cambiando el punto de atención desde sí mismos a Dios como centro del día.

Así la pregunta que al final del día se harían a sí mismos no era: "¿qué he hecho mal hoy?"; sino más bien: "¿qué ha hecho Dios con el regalo que le hice al principio del día?" Dios me regaló a mí el día y yo se lo he devuelto; ahora, ¿qué ha hecho Él con el regalo que Él me dio, del cual Él tiene completamente el control y completamente la posesión? Él es el dueño de mi día. Se lo he dado a Dios. Yo he reconocido su propiedad. Supuestamente he vivido el día como un instrumento de su amor, su paz y verdad y justicia. Ahora voy a mirar hacia atrás y ver qué ha hecho conmigo. Sé que es bueno porque Dios sólo hace cosas buenas. Sé que es santo, sé que Él lo ha hecho un día santo como Dios es santo. ¿Dónde veo santidad en este día? ¿Qué fue importante para Dios? ¿Qué fue lo más importante en mi vida hoy, que pueda yo verlo como algo importante para Dios?

Con el tiempo descubrieron que precisamente como el Ofrecimiento de la Mañana, su oración personal propia, era elevada a un nivel divino, a la categoría de sacramento por la Eucaristía, de la misma manera, el Examen de la Noche, que era su modo de ponerse constantemente atentos a lo que Dios estaba realizando. Podían así discernir la pauta de la actividad de Dios; podían ser más plenamente conscientes de lo que Dios estaba haciendo; podían ver, podían percibir los hilos del Espíritu actuando, el modo de la relación del Espíritu con cada uno, sus valores, sus actitudes. Podían ver a Dios actuando en todo esto.

Cuarta Parte

RECONCILIACIÓN

Los escolares crecían con ello y también hallaron que al hacerse más fácil con el tiempo, podían estar más en armonía con ello. Más aún, de la actividad de Dios descubrieron un sentido de gozo y valía, perteneciendo a Dios y reconociendo y queriendo expresar su pertenencia a Dios. Bien, obviamente este Examen de la Noche quedaba elevado al nivel de sacramento mediante el Sacramento de la Reconciliación. Iban al Sacramento de Reconciliación no por los pecados de ayer, sino por los retos de mañana, por los pecados de mañana. Querían recibir la gracia del sacramento, la ayuda divina del sacramento para esos momentos específicos en la semana o en el mes o el tiempo que fuera antes de su próxima reconciliación. Sabían que Dios les daba las gracias específicas que necesitaban para vencer su propio egoísmo, su propia sensualidad, sus propios miedos, todo lo que estaban descubriendo.

Cuando dije que cada noche, cuando hacían su examen vespertino de concienciación no era tanto para ver lo que ellos habían hecho mal, como para ver lo que Dios había hecho bien, no quiere esto decir que ellos no viesen lo que hicieron mal. Pero ahora era evidente. No tenían que buscarlo y sentirse mal por ello. Simplemente tenían que decir: "esto es lo que Dios quería que yo hiciese hoy y no lo he hecho; bueno, lo siento y mañana evitaré la negligencia y seré más fiel." La actitud con la que recibían el Sacramento de la Reconciliación era ésta: sabiendo, o quizás, diciéndoselo su fe, que Dios conocía perfectamente los defectos reales, serios, de su carácter, las debilidades de su personalidad, Él les daría esas gracias específicas que necesitarían en momentos concretos de crisis.

Así pues, ello giraba en torno a cuatro prácticas, -dos de ellas, prácticas de oración: el Ofrecimiento de la Mañana y el Examen de la Noche; y dos de ellas, prácticas sacramentales: la Eucaristía y la Reconciliación. En torno a estas cuatro prácticas, como una estructura, experimentaron ellos un elevado crecimiento en el Espíritu. Fue un crecimiento misionero en el sentido de que comprendieron que su misión estaba donde se encontraban aquí, hoy. Era el deseo de ser apóstoles de Jesús y difundir su mensaje, no sólo en sus propias vidas, en sus aulas, salas del seminario y campos de juego, sino también en un mundo más amplio a su alrededor.

Quinta Parte

APÓSTOLES DE ORACIÓN

Como todos estos seminaristas eran catequistas, todos de una manera u otra estaban implicados en difundir la misión de Cristo y lo hacían por los pueblos, en las proximidades del seminario. El Apostolado de la Oración nunca en realidad habría empezado históricamente, si ellos no se hubieran convertido en apóstoles de oración, si ellos no hubieran salido a los pueblos y anunciado el mensaje del Apostolado de la Oración a todas estas gentes: agricultores, personas mayores, jóvenes, pobres. No había muchos ricos entre los católicos del sur de Francia, en las zonas rurales en aquel tiempo, ya que había sido territorio hugonote. El mensaje que los seminaristas anunciaban a las gentes era un mensaje sencillo: Sois personas muy valiosas para Dios, precisamente tal como sois. Nadie es tan pobre, nadie tan viejo, nadie tan enfermo que no pueda ofrecer su vida al Señor.

Esto se convirtió en el ejercicio de su vocación misionera aun siendo todavía seminaristas: ir y anunciar este mensaje del valor personal de cada uno, su valor para Dios. Pronto la gente empezó a ejercitar estas prácticas con la simple, pequeña, corta, pero intensa oración de la voluntad al principio de cada día, entregándose al Señor, aprendiendo a llegar al fin del día con una oración de acción de gracias, mirando atrás y recordando y reviviendo todo lo que Dios había hecho en ellos y con ellos ese día, tanto para su propio beneficio como por su medio para beneficio de otros.

Estos misioneros de oración, propagando esta palabra, vieron el valor de una cierta dimensión apostólica de sus propias vidas de oración puesta en palabras, formulada en prácticas que podía enseñar a otros: niños, ancianos, enfermos, prisioneros. Cada uno de estos escolares fue a un sector diferente de la sociedad, ejercieron un ministerio con prisioneros, un ministerio con los enfermos, un ministerio con personas mayores, un ministerio con los jóvenes, con los niños, con la juventud, con el empresario, con los compañeros religiosos. Todos estos diferentes ministerios rondaban alrededor de estas cuatro prácticas, el Ofrecimiento y el Examen, la Eucaristía y la Reconciliación.

Llegando a conocer a estas gentes, a estos sencillos agricultores del sur de Francia y a sus familias, a estos pueblos, a estas pequeñas comunidades rurales, los seminaristas cayeron en la cuenta de lo mucho que estas gentes rezaban por los misioneros, y por tanto indicaron a la gente que ellos también tenían una misión, no sólo reinar por los misioneros en la otra parte del mundo sino ser misioneros, hacer Misión en sus propios barrios, sus propias comunidades y familias en el contexto de sus propias vidas cotidianas. El ofrecimiento de la mañana convertía todo lo que hacían aquel día, todo lo que pensaban, todo lo que decían, en instrumentos para construir el Reino. Eran misioneros, estaban cumpliendo su misión cada día. Esto era su misión: lavar esa ropa, cuidar a esos niños, preparar esas comidas, quitar esas piedras de los campos, ararlos, cosechar. Todo momento de sus vidas era tan valioso y tan útil para Dios para la construcción del Reino como de cualquier presidente, sacerdote, rey, obispo, o cualquiera y dondequiera.

Así la gente empezó a hacer uso de estas prácticas y creció en sentir su propia importancia ante Dios. No porque algo de lo que ellos mismos eran o hacían; o más bien, nada de lo que realizaban, tenía tanto valor por sí mismo, como el hecho de ser hijos de Dios, y porque Dios se complacía en aceptar sus sacrificios y el ofrecimiento de sus actividades. Sus corazones y sus mentes estaban abiertos a Dios, buscando cada día ser guiados por Él, más clara y más auténticamente.

Sexta Parte

ACTITUD DE FE Y ORACIÓN

Mediante esta actitud de oración, esta actitud de fe con la que empezaban cada día, mediante este acto de la voluntad al principio de la jornada, sintonizando tal como Cristo sintonizó con el Padre cada mañana de su existencia terrena y todavía lo hace eternamente, sintonizando con Dios al principio del día y después, no tratando de atender a ello de forma refleja durante el día, sino dando simplemente a largo de su jornada sus energías y su tiempo por completo a la tarea que llevaban entre manos, de modo especial a las personas que se encontraban en la tarea diaria, es como Dios puede hacer su voluntad en la vida de cada persona, en el corazón de cada persona, en la mente de cada persona, en el espíritu de cada persona, tanto el hacedor y el orante como aquellos con quienes hacedor y orante se ponen en contacto.

Desde luego estas gentes también aprendieron cuánto apreciaban los seminaristas su Eucaristía, y así a ellos su propia Eucaristía se les hizo apreciable, ya fuese semanal o mensual o dos o tres veces al año. (Debemos recordar cuánta gente vive de la Eucaristía, aun si solo pueden asistir tres o cuatro veces al año o una vez al mes. No lo consideran como una actividad solo de tres o cuatro días al año o de una vez al mes; viven, celebran la Eucaristía a diario). Celebran la Eucaristía diariamente en el Ofrecimiento de la mañana, este ofrecimiento de sí mismos, este acto sacerdotal, al principio de cada día. Si el sacerdote sólo va a sus pueblos una vez al año o una vez al mes, ellos llevan al altar los ofrecimientos DIARIOS que han hecho como individuos, como familias y como comunidad, sabiendo que este es el momento en el que El públicamente asume y reza con ellos y presenta el ofrecimiento de ellos al Padre, uniéndolo al suyo propio.

Así pues, se extendió a través del sur de Francia porque igual que los seminaristas les hablaron de ello y les enseñaron estas prácticas y su valor, que ellos mismos habían aprendido con la experiencia, del mismo modo los campesinos se convirtieron en misioneros de oración: enseñaron a otros a orar de esta manera. Se lo contaron a sus familias en otras partes, a sus amigos en otras partes y así ellos se convirtieron en misioneros de oración, el Apostolado de la Oración. Así nació el Apostolado de la Oración. Estos apóstoles de oración eran misioneros por medio de la oración y enseñaron a otros a ser misioneros, a construir el Reino de Dios empezando por la oración.

Séptima Parte

EL APOSTOLADO DE LA ORACIÓN SE EXTIENDE POR EL MUNDO

El Apostolado de la Oración sufrió muchos altibajos en sus primeros años por falta de organización. Cuando el Padre Gautrelet, S. J, su Fundador, se dio cuenta de que no iba a ser él quien lo organizara más de lo que ya estaba en el seminario durante esos primeros años, invitó al Padre Ramière a hacer algo en lo tocante a la organización.

Gautrelet se había percatado de la unión inseparable entre cabeza y corazón de Cristo, entre Palabra y Pan, (que es la carne de Cristo en la Eucaristía); es decir, igual que la cabeza usa la palabra para dirigir el cuerpo en las actividades y en los servicios del día, da instrucciones a sus miembros por insignificantes y sin importancia que puedan parecer a sí mismos y a otros en su entorno, así el corazón comunica el amor con el que todo se debe hacer. Lo importante no es lo que hacemos sino cómo lo hacemos, con amor, comunicando amor, no sólo nuestro propio amor sino el amor de Cristo, desde el Corazón de Cristo. Así pues, estos cuatro elementos, cabeza y corazón, palabra y pan fueron percibidos por Gautrelet como importantes en el Apostolado de la Oración.

Ramière asumió no solo el carácter misionero de este movimiento de oración que lentamente avanzaba a través de Francia y de Europa, sino también la devoción profunda, la profunda sentida, apasionada, afectuosa relación con Jesús como miembros de su cuerpo. Lo desarrolló muy detalladamente, tanto en su libro como en la revista que empezó a publicar. El Mensajero del

Sagrado Corazón, Toulouse. Esta publicación se convirtió en una red, toda una familia de Mensajeros por todo el mundo. Se publicó en muchas lenguas diferentes.

Esta devoción, como una expresión de fe, incluía el Ofrecimiento de la mañana, la recepción de la Eucaristía, el Examen de la noche y el sacramento de la Reconciliación. Todas estas se formulaban en actos de consagración al Corazón de Jesús, o al Padre por medio del Corazón de Jesús y del Corazón de María. Esta consagración personal condujo a una consagración de la familia, a una consagración de la ciudad, a una consagración de la nación. Se invitaba a la gente a ser instrumentos de Dios en la construcción del Reino. Así, ciento veinte años antes del Concilio Vaticano II, la gente que se embarcaba en el Apostolado de la Oración, se convertían en misioneros de la oración, misioneros de la Eucaristía, misioneros de la dimensión apostólica de la oración en la labor de reconstruir el Reino de Dios.

Estos misioneros ni siquiera sabían qué significaba sacerdocio bautismal. No se consideraban sacerdotes; lo vivían. Este vivir su sacerdocio se extendió por todo el mundo, y los Mensajeros del Sagrado Corazón fueron los instrumentos que dieron el ánimo continuado, la formación y la orientación que necesitaba. Muy rápidamente se extendió por todo el mundo, porque la Compañía de Jesús durante siglos había sembrado el estilo de vida de la espiritualidad ignaciana, las sencillas prácticas de oración de Ignacio. Las sencillas prácticas de oración que crean un espíritu de oblación habían sido plantadas en los corazones de las gentes por todo el mundo. La Compañía de Jesús, desde sus mismísimos principios, había sido una organización misionera y todavía lo es.

Octava Parte

LOS EJERCICIOS ESPIRITUALES

Los Ejercicios Espirituales, en una forma u otra, han llegado hasta dentro de las casas y de los corazones de, -no puedo decir de la mayor parte de los católicos de todo el mundo-, pero ciertamente dentro de los corazones y de las casas de muchos católicos de todo mundo, porque la organización jesuita se había extendido por el mundo entero en la labor misionera, especialmente en parroquias y escuelas, pero también por diferentes clases de centros de investigación, centros de espiritualidad y revistas. Mucho antes de la plétora de revistas que ahora tenemos, la prensa católica en buena parte estaba en manos de los Jesuitas y eran en buena parte un instrumento de los Ejercicios más o menos.

Ignacio había diseñado los Ejercicios para ser dados a la *élite* para formar líderes, convertir y confirmar el liderazgo, liderazgo católico, liderazgo laico, liderazgo político en todas las áreas, especialmente en la escuela de Jesús con su actitud de devolver amor por Amor, comunicando la vida del Padre, siendo su vida una oblación al Padre, a la voluntad del Padre. Los Ejercicios tenían, y todavía tienen, como objetivo atraer gente a esta actitud de dar la vida de uno mismo al servicio del Señor y la construcción del Reino, hacer la voluntad del Padre día a día.

UNA ESCUELA DE ORACIÓN

San Ignacio mismo no sólo reconocía sino que también creía que un gran número de gente sencilla que únicamente buscaba un poquitín de instrucción religiosa y un mucho de paz interior, encontrarían ambas en una forma sencilla de los Ejercicios: El lo explicó en la llamada Anotación 18 de los Ejercicios. Y su perspicaz visión fue que no necesariamente serían Jesuitas quienes dirigieran esta forma de Ejercicios sino que, como los Jesuitas u otros relacionados con ellos condujeron a gran número de gentes mediante algunos de estos sencillos Ejercicios, así también las gentes mismas se entusiasmarían tanto que ellas a su vez los vivirían o dirigirían a otros, a través de esta misma pequeña, sencilla escuela de oración.

Uno de los primeros apostolados masivos satisfactorios tuvo lugar en Parma donde Laínez y Fabro lograron, si podemos creer a la historia, convertir la ciudad entera a un modo de vida cristiano renovado. Y lo hicieron, no mediante su propia predicación, lo hicieron mediante la forma sencilla de Ejercicios en grupo, en ejercicios sencillos de oración. Lo que Ignacio quería era atraer a estas gentes a la Confesión, conseguir que limpiaran sus vidas, que reconocieran el mal que estaban haciendo y las actitudes en el estilo de su vida cotidiana que explicaban el mal, que se arrepintieran de ello y volvieran a recibir la Eucaristía. Deseaba que fueran orientados de tal modo que se les dejase de una manera u otra con una práctica asidua de la Comunión y una práctica en alguna manera asidua de la Confesión. La oración de los Ejercicios es una oración de la VOLUNTAD. ¿Qué quiero, cuál es la gracia que pido? Sé que es solo Dios quien me la puede dar. Sé que es solo mediante la fuerza de Dios como puedo yo reformar mi vida y vivirla según su voluntad, hacer su voluntad y ser instrumento de su voluntad.

El Principio y Fundamento era el primer ejercicio: El hombre es creado para alabar, hacer reverencia y servir a Dios y salvar su alma y usar todas las cosas sobre la haz de la tierra para conseguir este fin; y se hace indiferente a su propia vida larga o vida corta, salud o enfermedad o todo lo demás, para hacer lo que Dios quiere que haga y ser lo que Dios quiere que sea y permitir que Dios realice su voluntad en él".

Esto es el principio de los Ejercicios y construye maravillosamente, a través de las diferentes semanas, las diferentes fases de los Ejercicios, hasta el momento en el que ya al final, cuando uno encuentra a Dios en todas las cosas, se ofrece a Dios para ser utilizado por Dios. "Tomad, Señor, y recibid toda mi libertad, mi memoria, mi entendimiento, y toda mi voluntad, todo mi haber y mi poseer; vos me lo disteis, a vos, Señor, lo torno; todo es vuestro, disponed a toda vuestra voluntad, dadme vuestro amor y gracia que esta me basta."

Así Ignacio estableció este sencillo conjunto de prácticas de oración, llamado **Los Ejercicios Espirituales**, que estaban todos ellos fundados en el corazón. Estos Ejercicios eran no sólo para una *élite* y líderes sino también para los corazones de gente sencilla. Esta sencilla espiritualidad estuvo enraizada en la gente desde el principio de la Compañía. Aunque la Compañía fue suprimida desde 1773 a 1814, esta forma de espiritualidad todavía estaba en los corazones de la gente. Así, empezando con los Escolares Jesuitas de Vals, el Apostolado de la Oración llevó los Ejercicios a los corazones de todas las gentes. Las personas mayores reconocían el carisma ignaciano que se les había comunicado en su juventud, rezar el ofrecimiento de la mañana, una sentida devoción a la Palabra de Dios, a la construcción del Reino, el seguimiento del Rey hasta la cruz y más allá hasta la resurrección.

Esto era Catolicismo, esto era lo que les habían enseñado y enseñaban todavía otros que habían asumido los trabajos de los Jesuitas -los Franciscanos, los Dominicos y otros- en sus campos de misión. Pero era lo familiar lo que tocaba las cuerdas de los corazones de la gente, al hacer su ofrecimiento de la mañana y consagrar sus familias al Corazón de Jesús.

Esta sólida espiritualidad se llevó a Roma para la aprobación del Papa después de que empezase a extenderse por el mundo, y decimos que se extendió por el mundo porque la Compañía de Jesús se estaba extendiendo de nuevo por todo el mundo. Al extenderse así reconocieron en su propia tradición misionera la validez de esta sencilla forma de oración, esta sencilla escuela de oración. Estos Jesuitas, imitando a Ramière, empezaron revistas. Así comenzaron los Mensajeros del Sagrado Corazón, llevando esta forma de oración a grupos, comunidades, parroquias. Se convirtieron en instrumentos de esta escuela de oración y por tanto de su rápido crecimiento por el mundo. No era un movimiento sino una escuela de oración. Estaba al servicio de todos. El Apostolado de la Oración es un esfuerzo misionero para difundir el Reino y el mensaje de Jesucristo por el mundo.

Novena Parte

APROBACIÓN PAPAL: "UN CAMINO A LA SANTIDAD"

Así cuando el segundo fundador Ramière llevó este programa a Roma para obtener las bendiciones de los Papas, estos ansiaban aprobarlo. Los Papas decían: "Este es el camino para hacerse santo. Quien comienza el día con un ofrecimiento auténtico de su vida a Cristo o al Padre para la construcción del Reino y entonces vive ese ofrecimiento y lleva ese ofrecimiento a la Eucaristía, de modo que Cristo mismo lo asume y lo une como parte del suyo propio, esta persona está en el camino de la santidad". Y eso es lo desde entonces todo Papa ha dicho siempre que se le ha rogado que bendijera de nuevo el Apostolado de la Oración: Esto es un camino para hacerse santo y para difundir la santidad de Dios por todo el mundo. Esto es, desde luego, lo que ha explicado su resistencia, su firmeza, su solidez; porque es un programa sólido y es un programa espiritual seguro. Ningún obispo, ningún sacerdote ha dudado alguna vez. Le pueden no gustar las formas particulares que ha tomado en su diócesis o parroquia, pero nadie, ningún sacerdote se ha planteado nunca la ortodoxia, la seguridad, la solidez del Apostolado de la Oración. En su mayor parte, están entusiasmados con ello, como los Papas lo han estado desde el mismísimo principio con la aprobación, las bendiciones y las indulgencias que le han otorgado.

Intenciones de la Oración

Bien, finalmente hay una cosa más que Ramière hizo. Cada mes sugería a todos los millones de personas por el mundo que estaban rezando y ofreciendo sus vidas como un esfuerzo misionero para construir el Reino, que si todos ellos rezaban juntos por una sola intención cada mes, era una tremenda oportunidad para que el Espíritu Santo y Dios Padre y Dios Hijo realizaran su trabajo no simplemente en respuesta a la oración particular que esos millones hacían por todo el mundo, sino valiéndose de esta misma gente como instrumentos de las gracias que Él comunicaba al hilo de la petición hecha. Si los corazones y las mentes de la gente en todas partes estuvieran abiertos a esta gracia particular, entonces precisamente EN los corazones y MEDIANTE los corazones y mentes de estos millones de personas, esta misma gracia podía ser aplicada a situaciones del contexto de la petición por la que todos estaban rezando cada mes. Y así, estas intenciones mensuales se convirtieron en un factor muy importante, junto con el ofrecimiento de la mañana, junto con la comunión frecuente y la confesión regular, junto con la práctica del examen de la noche, junto con la práctica de ofrecer cada día al Padre por medio del Corazón de Jesús, o a Jesús por medio del corazón de María. El rezar por una intención cada mes, una intención misionera, continuó reforzando la idea de católicos por todo el mundo y de otros cristianos que se les unieron en esta campaña de oración: que ellos mismos eran misioneros. Su misión era construir el Reino de Dios y ellos ESTABAN CONSTRUYENDO el Reino de Dios!

Décima Parte

En uno de los frecuentes viajes de Ramière a Roma, en la década de los 80, del siglo XIX, una de las sugerencias que hizo fue introducir esta campaña de oración en una coordinación íntima con los trabajos de la Propagación de la Fe: no siempre había existido una armonía feliz entre la Congregación Romana que dirigía las misiones por el mundo y los Misioneros Jesuitas. A veces, las ideas de los Jesuitas eran un tanto visionarias en demasía para las posiciones más bien sobrias de los hombres de la retaguardia romana. Ramière reconocía que este programa de oración no era otra cosa que un esfuerzo de la Iglesia, que había sido aprobado por los Papas. Y consiguientemente Ramière, reconociendo por una parte el carácter misionero de esta campaña de oración y por otra parte la necesidad o más bien conveniencia de asegurarse de que estaba bien integrado y armonizado con el trabajo de la Iglesia como tal, hizo lo que pudo para integrar sus esfuerzos con los de la Propagación de la Fe que dirigía las lejanas misiones de la Iglesia. Así en una ocasión en que estaba en Roma sugirió al Cardenal Prefecto de esta Congregación que ya

que existían estas intenciones mensuales que versaban sobre las actividades misioneras de la Iglesia, nadie estaba mejor preparado para preparar la lista de las intenciones misioneras para esta campaña que el Cardenal Prefecto de la Congregación. El Cardenal Prefecto aceptó con alegría esta invitación y empezó a hacer la lista de las intenciones misioneras él mismo. Unos pocos años más tarde (fue 1890 o 1891), llamó la atención de León XIII que el Cardenal Prefecto estaba redactando estas intenciones., Entonces dijo: "No, yo quiero redactar estas intenciones. Nadie mejor que el Papa conoce qué es lo que el mundo necesita, por lo cual deben rezar esos millones de personas. Si vamos a rezar por intenciones específicas cada mes, yo quiero redactar esa lista". Y así lo hizo. A partir de entonces, los Papas han sido de una manera u otra los que han redactado y aprobado las intenciones de la oración, las intenciones mensuales del Apostolado de la Oración. Así pues la gente por todo el mundo está unida en el rezo de estas intenciones.

De nuevo debemos observar que no se trata de una oración que sugiera a Dios hacer un milagro. Quizá lo haga -toda gracia de Dios es un milagro en un sentido u otro-, pero sus gracias ordinarias e incluso sus gracias extraordinarias presuponen la colaboración del instrumento humano. Así pues, los millones de personas que rezan cada mes, ya sea por la paz o por las familias cristianas, tienen sus corazones y mentes abiertos cuando están rezando por una intención. Estas mentes y corazones están abiertos no sólo justo a la oración sino también a la buena voluntad y al deseo de ser instrumentos de la gracia de Dios, y ciertamente lo son. No solamente rezamos por la paz: cualquiera que reza por la paz trabaja por la paz, y si no trabaja por la paz, entonces no hay nada auténtico en su oración por la paz. Si esta oración ha de ser una oración de la voluntad, entonces quiere decir "Señor, utilízame, ¡QUIERO!" Toda gente en el mundo que tiene un buen corazón quiere la paz. Toda la gente en el mundo que sinceramente quiere la paz y auténticamente trabaja por la paz es un trabajador por la paz que sabe que él o ella no pueden conseguir la paz a no ser que sea obra de la gracia de Dios. Dios es el único que realmente puede llevar los corazones del género humano a vivir en paz el uno con el otro. Con este sentido, pues, de participación de la Iglesia universal y local, de la comunidad y de la familia en la construcción del Reino, esta actitud misionera se desarrolló y creció en los corazones de las gentes por el mundo. Lentamente, el anticlericalismo que existía en la Iglesia Católica durante el siglo diecinueve cambió. Hombres en las parroquias empezaron a participar en la vida de la Iglesia y lentamente se unió el elemento femenino y los niños de la parroquia en dar la cara por Cristo. Así la sencilla oración del Apostolado de la Oración fortaleció a la Iglesia y la Iglesia creció de nuevo.

Undécima Parte

FORMACIÓN EUCARÍSTICA DE LOS NIÑOS

Pío X se interesó mucho por el Apostolado de la Oración ya que había sido pastor y también habría aprendido el ofrecimiento de la mañana, enseñado por su madre, por sus maestros en las escuelas. Se dio cuenta de la fuerza de vivir la Eucaristía, no meramente recibir la Eucaristía sino vivir la Eucaristía. Fue él quien decidió y decretó que los niños también deberían ser invitados a vivir sus vidas orientadas en torno a la Eucaristía, en torno a la participación en la Eucaristía. Él quería que los niños recibiesen la Eucaristía y la recibiesen tan frecuentemente como pudieran o quisieran.

El Apostolado de la Oración, conociendo su deseo, se puso completamente al servicio de la preparación y formación y orientación en recibir la Eucaristía y en vivir la Eucaristía. Así nació la Cruzada Eucarística. En sus etapas iniciales no fue una iniciativa del Apostolado de la Oración. Empezó en Francia, independientemente del Apostolado de la Oración, pero pronto unió sus fuerzas a las del Apostolado de la Oración en Francia y así se difundió por el mundo, como una escuela de oración que preparaba a los niños para la Eucaristía y los orientaba por el resto de sus vidas en sus prácticas de oración eucarística.

Como con otros programas religiosos, la fuerza de este programa empezó derivándose del simple hecho de que los miembros más antiguos preparaban siempre a sus hijos para vivir este mismo estilo de vida. Como se aprendía en la familia, se aceptaba en la niñez, en los corazones en las

mentes de niños verdaderamente sinceros, enseñados por sus padres y familiares. Así pues, la formación eucarística de los niños se convirtió en fuente de fuerza y vigor continuado y en garantía, para el Apostolado de la Oración, de una vitalidad mantenida, como un programa espiritual en las parroquias y en las escuelas y en otras actividades diocesanas de la Iglesia.